

El Magisterio Balear

SEMANARIO DE PRIMERA ENSEÑANZA

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DE MAESTROS DE ESTA PROVINCIA

REDACCIÓN: Unión entre 6 y 8

DIRECTOR.

Precio de suscripción:

ADMÓN: S. P. Nolasco-7

EL SR. PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN

9 pesetas anuales

Este periódico se reparte gratis á los asociados

SUMARIO: SECCIÓN DOCTRINAL: Astronomía, VIII, por J. Capó.—Las escuelas en el campo, por V. F. Ascarza.—Los edificios escolares, por S. Budin Agüero.—Episodios escolares ó el secreto de una persecución, por M. García Sánchez.—Chicuelas anarquistas, por Trinidad R. de Barrera.—SECCIÓN DE NOTICIAS: De la Provincia.

SECCIÓN DOCTRINAL

ASTRONOMÍA

VIII

La vida en el Universo

Desde mucho tiempo antes de Fontelle habíanse preguntado los hombres si los mundos á los que envía el sol luz y calor están ó no habitados y aunque la ciencia no haya podido determinarlos, la pluralidad de los mundos habitados es posible y hasta verosímil.

M. Foye escribe que el análisis espectral confirmado en todos sus puntos por el análisis químico de los meteoritos, ha probado que todos los cuerpos de la naturaleza, tanto los planetas de nuestro sistema solar, como el lejano sol y las vagas nebulosas, están compuestos de los mismos elementos, sometidos á las mismas leyes astronómicas, animados de las mismas fuerzas físicas y químicas; todo lo cual hace considerar que las condiciones de existencia orgánica sobre nuestro globo pueden ser igualmente aplicables á los otros globos.

Entre los planetas de nuestro sistema solamente Marte y Venus presentan condiciones de ser habitados bastante análogas á las nuestras; pero nada impide admitir la existencia de seres razonables, constituidos de

otra manera que nosotros y apropiados á las condiciones en que se encuentren.

Llegará la ciencia á resolver este problema? Como hemos dicho más arriba, ciertos sabios sostienen que Marte es un astro muerto en el que la vida orgánica es posible; otros afirman, al contrario que este planeta está habitado llegándose á pretender que los martianos nos hacían señales. La imaginación puede elevarse libremente en los campos ilimitados en que los mundos hormigüean, en que nuestro sol no es más que una pobre estrella entre miríadas de otras estrellas centros como él, de sistemas planetarios, distribuidores como él de luz y de calor, creadores de vida? Y si nuestros planetas están habitados, porque los otros planetas que gravitan alrededor de otros soles no lo han de estar? Al fin de nuestro mundo no sería más que el principio de la vida en otros mundos lejanos?

Los instrumentos astronómicos

Es preciso admirar la perspicacia de los antiguos y la paciencia extraordinaria de que dieron prueba en la observación del cielo á simple vista, de los cuales fué el último el célebre Tycho-Brahe en el siglo XVI. Ocho años después de su muerte los niños de un fabricante de anteojos se entretenían mirando el gallo del campanario á través de dos lentes de las cuales una era cóncava y la otra convexa, quedando muy asombrados al verlo considerablemente aumentado.

El telescopio había nacido. Galileo aplicó su genio llevándolo inmediatamente á un alto grado de perfección.

La mejora más notable aplicada al telescopio astronómico ha sido añadirle un apa-

rato de relojería que le arrastra á la velocidad de la revolución sideral, de manera que se puede estudiar fácilmente el astro que se mueve sin que pueda escapar al radio visual del telescopio. Llámase ecuatorial un telescopio montado sobre un movimiento de relojería. El eje del instrumento está dirigido siguiendo el eje del mundo.

Entre los grandes ecuatoriales en servicio actualmente en los diversos observatorios, podemos citar el ecuatorial de Niza de 80 cm. de abertura; el ecuatorial de 91 cm. de Lick en el monte Hamilton cerca de San Francisco; el ecuatorial de 1 m. de abertura del observatorio de Yerkes cerca de Chicago. El teodolito difiere del ecuatorial en que su eje es vertical.

Para medir la posición exacta de las estrellas se emplea un telescopio movable, solamente en el plano del meridiano, llamándose por esto meridiana.

Los observatorios

Los principales observatorios son:

En Francia: París, Montsouris, Mendon, Marsella, Tolosa, Burdeos, Lyon, Besançon, Niza y Alger.

En Inglaterra: Greenvik, Glasgow, Oxford.

En Bélgica: Bruselas.

En Alemania: Berlin, Bonn, Munich, Leipzig, Dresde, Postdams, Stramburgo.

En Austria: Viena.

En Rusia: Dorpat, Pulcova.

En Portugal: Lisboa.

En España: Madrid.

En Grecia: Atenas.

En los Estados Unidos: Washington, Chinton, Cambridge, Lick, Yerkes.

En el Cabo: El Cabo.

En Australia: Melbourne.

En Brasil: Rio Janeiro.

Mapa del Cielo

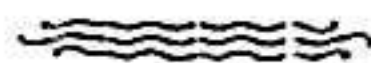
Bajo la iniciativa del almirante Monchez, una conferencia astronómica internacional, reunida en Abril de 1887 en París, ha decidido emprender la ejecución de un mapa fotográfico del cielo.

Diez y ocho observatorios diseminados sobre toda la superficie del globo, toman parte en este colosal trabajo, debiendo formar dos series de clichés de más de 11.000 placas cada una.

Fué preciso convenir que se retrataría todo el cielo con idénticos instrumentos, habiéndose comenzado ya la impresión del mapa del cielo.

El insigne astrónomo Camilo Flammarion al tratar de una fotografía de una parte de la vía láctea escribe: Pensar que cada uno de estos puntos es un sol comparable al que nos ilumina; pensar que cada uno de ellos irradia á su alrededor hacis de luz, de calor y de electricidad de energía, ensayar contarla; imaginaos la vuelta de cada uno de ellos; comprended en una palabra esta magnitud, esta profusión, esta inmensidad en un espacio sin límites y anima cada uno de estos puntos con velocidades tan rápidas que la bala de un cañón en una tortuga en su comparación. Y ante ese aspecto, si no sentis que todos los poemas humanos de Homero, Dante, Shakespeare, Tasso, Canvéus Gœthe, Samortine, seborran como sombras efímeras en frente de los esplendores del cielo, no leáis jamás un libro de astronomía; sería tiempo perdido: ocupaos de negocios ó de placeres...

JUAN CAPÓ.



Las Escuelas en el campo

Las Escuelas de Londres están en vacación, pero pudiera decirse que esto no es exacto; mucho más exacto sería decir que las Escuelas londinenses se trasladan al campo y al mar. En efecto, así sucede con la mayoría de ellas. En este país extraño—muy extraño para los continentales y más para los españoles hay costumbres que en nada se parecen á las nuestras, y una de ellas, es esta de las colonias escolares ó cosa parecida.

Una de estas mañanas nebulosas he bajado á la estación de Victoria, una de las muchas que tiene Londres, y he visto muchachos por todas partes: unos, parados en el andén; otros, metidos en sus coches de tercera clase; otros, saliendo del tren y corriendo hacia las distintas galerías. Otra de estas mañanas he viajado de Londres á Portsmouth, y he visto repetido el mismo espectáculo, pintoresco, animado, consolador. En Londres, en Guilford, en Godal-

ming, en Petersfield, en Arundel, he visto subir y bajar del tren, partidas de muchachos por grupos de 12 á 20, que salen todos al campo, á la playa, á la montaña.

Van tan alegres, retozones y alborotados. Llevan á la cabeza á un Maestro ó Maestra, á uno de los *pupil teacher*, que apenas hace otra cosa que una ligera vigilancia. Cada muchacho ó muchacha, conduce al hombro su equipaje; es un saco ordinario, un saco de tela burda, donde llevan la muda para dos semanas. Cada alumno cuida de lo suyo; lo sube al coche, lo caloca, lo coge después, lo baja, lo lleva. No es falta de atención, ni mucho menos; es que eso forma parte de la educación de este pueblo; es la manera de educar á los ingleses y á las inglesas, en el hábito y en el arte de viajar. ¡Así viajan tanto por todas partes!

Para que esta educación sea completa, al niño, como ya he dicho, se le deja casi solo. Nadie de la familia baja á la estación á despedirlo. Nadie le cuida su equipaje. Y esto es tanto más de admirar en estas formidables, estupendas estaciones, llenas de múltiples «plataformas», que dicen los ingleses, y de andenes, que decimos nosotros. Los trenes salen á cada instante, con intervalos de pocos minutos. Nadie grita «viajeros al tren», nadie da los toques de campana, ni silba el jefe, ni pita la máquina. Todo es silencioso, automático. A la hora en punto sale el convoy y en paz. A veces salen dos juntos por carriles paralelos, que marchan largo trecho viéndose y casi tocándose. Para formar una idea de este movimiento, bastará este hecho; poseo datos precisos de la estación de *Clapham Junction*, según los cuales pasan por ésta, por término medio, 1.200 trenes diarios en todas direcciones. ¡En España nos parece un colmo la estación que tiene 24 ó 30 trenes al día, aun en las de empalme!

Pues, por este dédalo de líneas férreas, de trenes múltiples, van los alumnos de las Escuelas viajando y aprendiendo á viajar. Carteles y letreros de todas clases, y en todas formas, indican al viajero cuanto puede necesitar, y he aquí un estímulo, para que todos pongan empeño en saber leer.

¿Cómo se organizan estos viajes y estas colonias? He de advertir que no son gra-

tuitas, por lo menos las que yo he visto. Cada alumno que quiere ir en la expedición ha de pagar la suma fija de *siete chelines y medio*, que en nuestra moneda vienen á ser 10 pesetas. Por esa ínfima suma permanecen en el campo ó en el mar, dos semanas completas que es la duración de estas colonias. Algunas fundaciones y donativos, vienen á contribuir á los gastos. ¿Cómo puede hacerse esto por tan poca cantidad? Por varias razones: 1.^a, por la baratura de los trenes y la proximidad del mar; 2.^a, por la baratura de la vida, especialmente de los alimentos; 3.^a, por los alojamientos, preparados ya de un año para otro, y por la protección que aquí todo el mundo presta á las obras educativas.

Así, no es de extrañar pue el diario *The Evening New*, nos contara, hace pocos días, que en una de esas playas modestas haya reunidos más de 3 000 niños de grandes poblaciones; no es de extrañar que viajando ahora por Inglaterra, nos hallemos por todas partes con partidas de niños, con Escuelas ambulantes, con colonias escolares. Por eso dije al principio que las Escuelas de Londres no están realmente en vacaciones; simplemente se han trasladado al campo, á la montaña ó al mar. ¡Cuando podremos nosotros contar cosas parecidas en España!

V. F. ASCARZA.

Londres, agosto 1908.

(De *El Magisterio Español*.)



Los edificios escolares

Por iniciativa de uno de los maestros, en la última sesión de la Junta provincial se tomó el acuerdo de dictar una Circular recomendando á los alcaldes que promuevan una reunión de las personas más influyentes y acaudaladas para proponerles la construcción de edificios para escuelas.

La necesidad, que cada vez se hace más urgente, de estas circulares, de estos estímulos, de estos llamamientos es la prueba más palpable de que nuestro pueblo está abúlico, y de que nuestras clases adineradas carecen de cualidades positivas, de iniciativa, de previsión... de amor á la cultura.

¿Por qué ha de ser preciso que los maestros y solo los maestros tengan que repetirles una y mil veces que metidas las escuelas en pocilgas no es posible enseñar ni educar, que sus hijos, sus queridos hijos respiran allí aire malsano, que adquieren vicios de conformación, que la miopía se ceba en ellos, que el ejército microbiano los aniquila, que sus almas se atrofian ahogadas por la falta de luz, de aire, de espacio?

Al niño le compran caballos; relojes, juguetes de valor, vestidos costosos; el niño duerme en preciosa y aseada camita, saborea los más ricos manjares, vé los espectáculos todos que están á su alcance. De todo cuanto rodea al tierno infante se preocupan los padres menos de la escuela; en sus umbrales se detiene su cariño previsor.

Allí puede permanecer seis horas diarias en las condiciones más adecuadas para entorpecer y dislocar su desarrollo. Las horas escolares son para el niño rico como infernal paréntesis, como negra mancha en alba vestidura, como úlcera en rostro angelical, como veneno en delicioso y fraternal banquete, como Lucifer en la corte de Dios.

Entrad en cualquier población y visitad las casas de los privilegiados, entrad en los templos, en los casinos, en los teatros: lujo y riqueza, boato y esplendor, aire y comodidad hallareis por doquier; más, buscad el elevado é higiénico edificio donde permanece la niñez de esa misma clase acomodada y no lo encontrareis ni con la linterna de Diógenes.

¿Es que esa generación no vá á tener quien le suceda? Sí, tiene, pero, no se ocupa ni preocupa de su descendencia, es tan egoísta que solo piensa en su propio bienestar; es tan imprevisora que no se acuerda de que sus tiernos niños han de ser hombres, es tan ignorante que los sepulta en covachas donde el microbio, la obscuridad, la tristeza y la estrechura se aunan para labrarle su miserable porvenir.

¡Pueblos, escuchad la palabra del Maestro, que os invita á demoler los actuales edificios escolares y á elevar otros nuevos, amplios, hermosos y sanos, con jardines y con patios como piden á una la ¡Ciencia, la Justicia y el Amor!

S. BUDIN AGUERO

(De *La Defensa*)

Episodios escolares

ó el secreto de una persecución

TAGAROTE

El bien general, la cultura del pueblo y la defensa de los más altos intereses exigen muchas veces sacrificios del afecto y aun de legítimas consideraciones.

Hay zapateros que hacen el calzado relativamente pequeño, pero muy cómodo; otros, sin embargo, presentan zapatos como medias fanegas, los cuales producen un callo en cada articulación y un ojo de gallo ó un juanete en cada una de las extremidades metatarsianas.

Lo que digo de zapateros aplíquese á barberos, abogados, sastres, catedráticos, políticos ó lavanderas: quiero significar que, en esto, como en los inventarios, baratillos y almonedas, hay bueno, regular y malo.

Entro ya en el tema de mis episodios y digo que los secretarios de ayuntamiento en los pueblos pequeños, como regla general, son personas dignísimas, especies de instituciones que fomentan la común riqueza, que cooperan á la mayor cultura y que forman el *cuadrivium*, alma y vida de aquellas apartadas sociedades. El médico, el cura, el maestro y el secretario de ayuntamiento constituyen el dinamómetro que expresa la fuerza moral é intelectual de los pueblos rurales.

En la aldea de N. (histórico) era secretario el tío *Tagarote*, hombre bromista, regularmente culto, listo de pluma, muy dado á la política y asídulo lector del diario «*La Bomba Moderna*» y de la revista semanal «*El Fandango*». ¡Qué cosas decía á las sencillas gentes de aquella aldea todos los días y todas las semanas el tío *Tagarote*!

En verdad se puede decir que nuestro secretario era una excepción de la general regla, y excepción penosa y sensible, porque se constituía frecuentemente en gran perseguidor de los maestros que llegaban á aquel pueblo.

Y no es que *Tagarote* despreciase la ilustración y desconociese sus ventajas, sino que se movía por ciertos intereses, como verá el curioso lector más adelante,

Para ser muy breve en nuestro relato,

diremos en conjunto que desde la toma de posesión de un maestro hasta que se aburría y tomaba el caminito de *Gansosdejo*, pasaba un calvario, pues allí todo eran obstáculos y dificultades para la enseñanza.

La casa más mala y desvencijada del pueblo era la *decente y capaz* habitación del educador de los niños: la escuela estaba instalada en un *cuartucho* sin ventanas que había servido de pajar ó de pocilga al tío *Enredos*, cacique político muy *estimado* en aquellos contornos.

Que el maestro establecía su escuela en la calle para que los chicos no se asfixiaran: ya teníamos á nuestro secretario rabiando hasta que lograba encerrar el enjambre en su colmena; que se hacían excursiones: el maestro era un holgazán; que trabajaba mucho dentro de la escuelita amontonada: el maestro era un tonto que se esforzaba en sacar substancia de una piedra.

¿Escuela de adultos? ¿protección? ¿medidas para fomentar la concurrencia? ¡Me alegro verte bueno!

El consonete contra el pobre maestro era continuo, además, y esto producía sus naturales efectos entre las gentes sencillas.

Llegaban los exámenes; se reunía la comisión examinadora (y esto es tan raro y extraordinario que llamará la atención de nuestros lectores); formaban la mayoría *Tagarote*, el tío *Enredos*, el *Chusqui* y el *Escarola*, y en cinco minutos de *a, e, i, o, u* y cuatro voces de ¡*chiquios*, que seais *guenós!* estaba todo terminado.

Excusado es decir que para estos actos no se avisaba al médico, al boticario, al cura, etc., etc.

Hay más, alguna vez, y sobre todo cuando el maestro era interino, que casi siempre lo era, con tantos ceses y posesiones, alguna vez, digo, se invitaba á dicho funcionario para que tomase vacaciones cuarenta ó cincuenta días antes de la fecha legal, y ya estaba todo arreglado.

Repito que mis lectores ahora se admirarán, por no encontrar explicación en el siguiente fenómeno:

Si el maestro era algún joven interino que obedecía y se tomaba los anticipos de vacaciones, y por sus idas y venidas no había hecho nada... entonces ¡qué actas se simulaban y qué memorias sobre trabajos y

exámenes! Nada, aquello era un portento; vacantes, interinidades, vacaciones, idas, venidas etc, era lo que privaba en aquel desdichado pueblo.

Un día peleó el tío *Chusqui* con el señor de *Tagarote*: vino á la capital el primero y, enterado yo de aquellos sucesos, quise informarme.

Vamos á ver, tío *Chusqui*, ¿por qué son ustedes tan malos en aquel pueblo? ¿Por qué obran así con la enseñanza y los maestros?

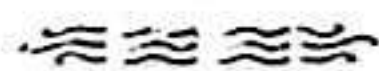
Es un secreto, dijo *Chusqui*, que ahora mismo le voy á declarar:

Sepa *usté*, señor mio, que, en mi pueblo, *naiide* sabe leer y *escribir correctamente*; los *chiquios* llega á hacer cuatro garabatos y cuatro números, y cuando el maestro quiere trabajar, no se le deja, ¿está *usté?*.. La cosa es que el día que *haiga lectores y escribidores*, se le acabó el comedero á *Tagarote*, pues no hay burro vendido, casa alquilada, contrato de siembra y traslado de lotería que no deje dos ó tres pesetillas á mi compadre, que es el necesario mediador y *escribidor* de los *documentos*.

Ahí tiene *usté* el secreto de la persecución que allí se hace á todos los maestros.

Cuando oí al *Chusqui*, no pude por menos de exclamar: ¡Oh siglo de las luces, de la cultura, de las iluminaciones, de las reformas y de las treinta mil memorias escolares!

MELCHOR GARCÍA SÁNCHEZ,
Profesor de la Normal de Salamanca,
(De *La Imparcialidad*.)



Chicuelas anarquistas

Es detestable pensar en lo que aspiran los anarquistas: destruir todos los estados, todas las iglesias con sus instituciones y leyes religiosas, políticas y jurídicas, económicas, policíacas, universitarias, rentísticas y sociales, á fin de que *el género humano respire con libertad*. ¿Y en lugar de lo que se proponen deshacer qué quieren reconstruir? Nada.

En toda Europa hay anarquistas, y espe-

cialmente en Rusia, donde tienen su asiento principal, llamándoles nihilistas. Nació el anarquista frente al partido socialista de Karl Marx, en 1872. Su jefe fué el ruso Makunine fundador de la alianza universal, expulsado de la Internacional por el Congreso de La Haya en ese mismo año de 1872.

Nos causa pena pensar en el número de anarquistas que pueblan Europa y ambas Américas, pero mucho más nos conmueve saber que entre el grupo hay mujeres y chicuelas.

Entre nosotros, no tiene razón de existir el anarquismo y mucho menos de manifestarse, por los derechos civiles que todo habitante de la nación argentina puede gozar, garantidos en el artículo 14, considerándose como una de las leyes más sábias del mundo. A pesar de eso, los anarquistas, lejos de disminuir, aumentan y se van haciendo conocer en varias formas.

A propósito, narraré una escena ocurrida el año próximo pasado, la que recuerdo en todos sus detalles, y donde varias anarquistas en embrión fueron las protagonistas.

A pocos minutos de la capital federal, habita la señora Z una hermosa quinta. El día que la visité la encontré rodeada de sus cuatro hijitos todos ellos de edad escolar, pero ninguno concurre á la escuela, á pesar de que á todos vientos las hay establecidas.

—Es usted quién le da lecciones á sus hijitos? fué mi pregunta.

—Sí me dijo la señora, no quiero que concurren á la escuela, porque, por la naturaleza de alumnos que asisten, no me conviene. Vivo aquí, porque los chicos gozan de una salud envidiable, lo que no sucedía en la capital federal, pero como mis hijos no tienen amiguitos, lo lamento.

Me proponía convencerla á la señora de esas *falsas preocupaciones*, cuando una gritería descomunal atrajo nuestra atención; partía de la calle. Nos asomamos al balcón en el momento que un crecido número de muchachos, todos desgredados, de siete á trece años de edad, al parecer, cada uno munido de una lata vacía empezaba á golpearla con un pedazo de arco de hierro, y así continuaron, como en comparse, en dirección á un colegio dirigido por un sacerdote, donde concurrían más de cien alumnos.

La señora Z ni siquiera se agitó, estaba habituado á presenciar ese cuadro, el que se repetía casi á diario.

—¿Cómo es que no se interrumpe tal grosería á esa turba inconsciente? le pregunté.

—No es posible corregir nada, la misma policía se halla impotente; á veces, los pocos vigilantes que hay, los reclama la estación de este pueblito, donde á menudo suceden desgracias intencionales ó casuales. Los padres de esos muchachos tampoco toman medidas contra ellos.

—¿Saldrán los alumnos del sacerdote á pelearlos? fué nuestra pregunta, pero nada de eso pasó porque los traviesos cambiaron de rumbo.

Me despedía de la señora Z, en circunstancia que pasaba la directora de una escuela privada que funciona en ese sitio, la que regresaba de almorzar. Me invitó á visitar la escuela que regenteaba, y como para allá iba, acepté.

Entramos á la casa-escuela, los alumnos se hallaban en el patio, nadie los atendía, reinaba una gritería infernal, el desorden se extendía por todas partes; unos, recostados en el suelo, jugaban á los naipes, otros, á los cobres. Un grupo, á las bolitas, el de más allá arrojaba piedras á la vecindad; ¡nunca había presenciado cosa igual! De pronto, al mirar hacia el lado de la puerta del salón, hallamos á varios padres de los alumnos que, casi brutalmente, empujaban á los muchachos, impidiéndoles la entrada. ¿Qué es eso? dijo la directora, creyendo que esos hombres estropeaban los alumnos. ¡Sus palabras fueron oídas por los que se hallaban cerca de ella. ¡Señorita! (gritó un hombre, alto, grueso, que llevaba un delantal de zapatero) estos muchachos han abierto la llave y los picos de gas, y esperan á otros que han ido á buscar fósforos para encenderlos, porque quieren que en el salón se produzca una explosión. Castíguelos, castíguelos.

Y efectivamente, así sucedía; al abrir las puertas y las ventanas del salón, salió un olor asfixiante, hasta que, poco á poco, esa atmósfera se renovó totalmente.

Después sonó una campanila: no sin grandes dificultades se consiguió un rela-

vo silencio, la clase empezó con continuas interrupciones.

La hora de recreo llegó, temí la repetición de hechos análogos, pero en el instante de salir, una alumna, de nacionalidad catalana, llamó á sus compañeras y compañeros, formó dos ruedas, se colocó ella en el centro y empezó á ensayar, con voz alta y clara el «himno al trabajo», producto anarquista.

Llamé privadamente á ella y á cinco vivarachas muchachitas de doce ó más años, y les pregunté: ¿son ustedes anarquistas? Sí, contestaron, perseguimos la «destrucción».

Terminé ese terrible día dando instrucciones á la directora, la que no era responsable de esa indisciplina, porque el día anterior se había hecho cargo de la escuela. Luego pedí medidas severas para ser aplicadas en esa escuela...

El mes próximo pasado quise saber la suerte que corrían esas pequeñas anarquistas; me informaron que la catalana no concurría á la escuela, ni tampoco sus compañeras; que aquélla, como su madre, era artista de un teatro de tercer orden, y que, en una forma ú otra, todas seguían siendo anarquistas, y que por ahora se ocupaban de formar una biblioteca con volúmenes de esa doctrina, los que con suma facilidad recibían envueltos en hojas de figurines, etc. Que también se desempeñan como *instigadoras*, y que la última obra anarquista, que todos conocemos sus efectos, á ellas no les fué extraño su movimiento, como tampoco el de los 1250 obreros huelguistas.

Es ahí me dije, donde las sociedades deben extender su acción civilizadora, es también ese el punto indicado para que el gobierno redoble la vigilancia, porque la semilla anarquista está fructificando en tierra fértil, hasta tanto no se reforme el Código Penal con las modificaciones que proyecta el ministro Zeballos, para que las Cámaras lo traten en el próximo periodo, penando con diez á veinticinco años de trabajos forzados todos aquellos que usen, fabriquen, vendan ó posean bombas explosivas. También se establecerá como pena, el presidio de la Isla de los Estados. Las causas seguirán procedimientos más rápidos.

A los maestros les corresponde buena parte de la tarea. Cuando observen niños anarquistas tomarán las medidas necesarias para que el mal no se propague; para esto, necesita mucho carácter y un poder de sugestión que lo halle capaz de gobernar al alumno con una mirada.

Hay que desplegar energías, condenando la doctrina (como gangrena social), los devastadores ejemplos y los hábitos perniciosos, tarea que, si el maestro la toma con confianza, no le será muy difícil obtener un resultado práctico, porque en la naturaleza del niño está el ser crédulo, recibiendo como verdadero, sin examen, sin prueba, opiniones que echan en su espíritu profundas raíces, y que más tarde lo gobiernan tiránicamente sin que pueda recordar su origen.

El niño vive en una especie de tutela, y como es raro y casi imposible que la ciencia se ponga en comunicación con él, acepta como un oráculo las preocupaciones y doctrinas más extravagantes, si es que se las enseñan, ó las más sensatas si así se le dirige. A veces, cree una cosa, porque así le hacen comprender que creen los demás que le rodean, sea por instinto ó por cálculo, inclinándose al lado de la muchedumbre ó del medio ambiente en que vive.

Teniendo la infancia mucho que aprender, poca edad y ninguna fuerza para examinar los hechos, fácilmente se inclina á creer y á hacer lo que le dice otro.

Por eso, esas chicuelas crecidas al calor de esas ideas, las han abrazado con entusiasmo, pero luego, para destronarlas, necesita el maestro dar contra el hábito, es decir, contra una ley formada en el niño como una segunda naturaleza. La regeneración de las hijas puede acarrear la de las madres. Con labor conseguirá gran resultado, de lo contrario esas muchachitas aprovecharán todas las circunstancias para practicar sus sentimientos malignos.

Hay quien afirma que el día que estalló una bomba de dinamita en el altar de San Martín, donde se levanta el mausoleo del libertador de América, en la catedral, esa mañana se vió de chicuelas que colocaban flores sobre un sepulcro. Una hora más tarde, cuando se oficiaba la misa solemne, por ser día de San Juan, se oyó un aterrador

estruendo; una mecha había sido prendida y la mano criminal consiguió destrozar, aunque en mínima parte, el mármol de un extremo del sepulcro. ¿No es posible creer que las mismas manos que colocaron las flores, se volvieran alevosas pocos minutos después, repartiendo estratégicamente la bomba que debía estallar, y que, providencialmente, no produjo el daño que su poder marcaba? Conociendo las tendencias de las muchachas del pueblito á que hago referencia, eso se puede creer sin temor de equivocarse.

TRINIDAD R. DE BARRERA,
Inspectora de Escuelas.

(De la *Revista de Educación*).

SECCIÓN DE NOTICIAS

De la Provincia

El día 23 de los corrientes en el local que ocupa la escuela pública elemental 1.^a de niños de Manacor, dió el Sr. Inspector de 1.^a Enseñanza de la Provincia D. Andrés Morey, la conferencia reglamentaria á los Maestros del partido judicial del mencionado pueblo.

Abierta la sesión por el dignísimo señor Inspector y después de un preámbulo modesto y cariñoso, desarrolló su interesante conferencia, que versó sobre la escuela graduada y si es posible su implantación, dadas las disposiciones vigentes, en las escuelas actuales.

El Sr. Morey supo cautivar el ánimo del auditorio por la sencillez, familiaridad y forma eminentemente práctica que dió á su conferencia, poniendo de relieve tan ilustrado funcionario, el tesoro de experiencia pedagógica que ha sabido acumular en su larga vida profesional.

Terciaron brillantemente en el debate algunos de los maestros asistentes, demostrando estar bien al corriente de los modernos adelantos pedagógicos y preocuparse seriamente de los progresos de la enseñanza, reinando en la discusión un espíritu de compañerismo verdaderamente envidiable, después de lo cual, el Sr. Inspector se ofreció á los maestros, despidiéndose visiblemente conmovido.

Por la Universidad Central ha sido propuesto para una Auxiliaría de las escuelas elementales de Madrid D. José Xandri Pich Maestro de la elemental de niños de Felanitx.

Le felicitamos.



De venta en la Librería Escolar,
Plaza de Cort, 12.

ESPERANTO

Plas.

| | |
|--|------|
| <i>Primeras Lecciones de «Esperanto» del profesor Th. Cart.</i> | 0'60 |
| <i>Manual y Ejercicios de la lengua internacional Esperanto, por V. Inglada Ors y A. L. Villanueva. Segunda edición, corregida y notablemente aumentada.</i> | 3 |
| <i>Vocabulario Esperanto-Español y Español-Esperanto, por los mismos autores. Un tomo de 364 páginas.</i> | 6 |
| <i>Curso práctico de Esperanto, por los profesores R. Duyos Sedó, capitán de infantería, y V. Inglada Ors, capitán de estado mayor, con una carta-recomendación del doctor Zamenhof.</i> | 3 |
| <i>Clave de los temas y ejercicios contenidos en el Curso práctico, por los mismos autores de la obra anterior.</i> | 0'75 |
| <i>De venta en la Librería Escolar, Plaza de Cort 12 y Palacio 2 y 4.</i> | |

Tip. de B. Rotger